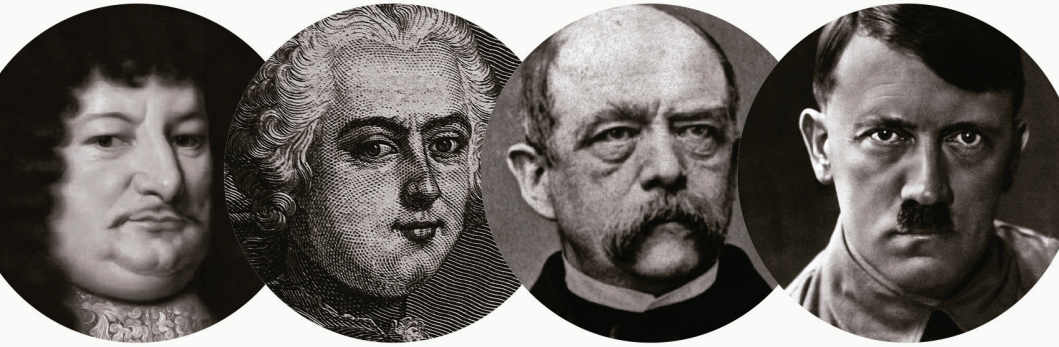
Christopher Clark

TIEMPO Y PODER



VISIONES DE LA HISTORIA

Desde la guerra de los Treinta Años al Tercer Reich

Galaxia Gutenberg

Christopher Clark

Tiempo y poder

Visiones de la historia, desde la guerra de los Treinta Años hasta el Tercer Reich

Traducción de
Alejandro Pradera

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: Time and Power. *Visions of History in German Politics, from the Thirty Years' War to the Third Reich*
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2019

© Christopher Clark, 2019
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Alejandro Pradera, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 15987-2019
ISBN: 978-84-17747-91-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Kate y Justin Clark, hermanos para todas las estaciones

Índice

Agradecimientos 11
Introducción 13
El giro temporal de la historia 17
La modernización del tiempo 18
El poder y el tiempo 22

1. La máquina de la historia 29
Una monarquía compuesta en una época de guerras 31
El príncipe contra los Estados 34
Formas de historicidad 39
¿Una dinámica confesional? 48
El Elector entra en la historia 56
Conclusión 67
2. El rey historiador 75
¿Por qué un rey tendría que escribir historia? 78
La historicidad de Federico 85
Hegemonía sin conflicto 92
Tiempos de decisión 97
La suspensión del tiempo 101
Conclusión 109
3. Barquero en el río del tiempo 115
El jugador de ajedrez 118
El significado de 1848 125
El cambio permanente de la política 133
Apoteosis del momento 139
El Estado monárquico y el significado de la historia 146
1918 y el fin de la historia 152
4. El tiempo de los nazis 161
Museos de la revolución 163
Contrastes totalitarios 173

La cercanía del pasado remoto 181
El triunfo de la profecía sobre la contingencia 185
Conclusiones 192

Conclusión y epílogo 197
Notas 211
Índice analítico 275

Agradecimientos

En teoría, el colectivo de personas con las que uno está intelectualmente en deuda debería ir disminuyendo con cada nuevo libro, a medida que uno se va haciendo mayor y más independiente. En mi experiencia se da el caso contrario. A medida que voy haciéndome mayor, cada vez soy menos tímido a la hora de pedir ayuda, y me adentro más y más por terrenos donde dependo de la guía de otras personas. Me habría sido imposible escribir este libro sin el aliento, la conversación y los consejos de muchos amigos y colegas. Quisiera dar especialmente las gracias a las siguientes personas, que leyeron todo el manuscrito o parte de él y me ofrecieron sus detallados comentarios y sus estimulantes sugerencias: Deborah Baker, David Barclay, Peter Burke, Marcus Colla, Amitav Ghosh, Oliver Haardt, Charlotte Johann, Duncan Kelly, Jürgen Luh, Annika Seemann, John Thompson, Adam Tooze, Alexandra Walsham y Waseem Yaqoob. En su calidad de revisores para Princeton University Press, François Hartog, Jürgen Osterhammel y Andy Rabinbach, a los que yo aún no conocía, hicieron algunos comentarios sumamente útiles al manuscrito. Nora Berend, Francisco de Bethencourt, Tim Blanning, Annabel Brett, Matthew Champion, Kate Clark, Allegra Fryxell, Alexander Geppert, Beatrice de Graaf, Paul Hartle, Ulrich Herbert, Shruti Kapila, Hans-Christof Kraus, Jonathan Lamb, Rose Melikan, Bridget Orr, Anna Ross, Kevin Rudd, Magnus Ryan, Martin Sabrow y Quentin Skinner me dieron valiosísimos consejos sobre temas específicos o sobre algunos pasajes concretos del texto. Los escritos y las ideas de Nina Lübbren sobre el tiempo y la narración en el arte han influido en este libro en muchos aspectos. Josef y Alexander, antaño alegres distracciones en el oficio de escribir han crecido y se han convertido en reflexivos interlocutores cuyas ideas me dieron el pequeño empujón que yo necesitaba para superar distintos cuellos de botella. Kristina Spohr leyó y comentó el texto en

muchas etapas de su evolución, y apoyó al autor con sus críticas, sus consejos y su compañerismo.

El Departamento de Historia de la Universidad de Princeton me brindó la oportunidad de desarrollar las ideas que se exploran en este libro al invitarme a presentar las Conferencias Lawrence Stone en abril de 2015, y quisiera darle las gracias a Brigitta van Rheinberg, de Princeton University Press, por haber alentado este proyecto desde sus comienzos, y a Brigitte Pelner, Amanda Peery y Joseph Dahm por su ayuda en la preparación del texto para su publicación. Quisiera expresar mi agradecimiento a mis colegas de la Facultad de Historia de la Universidad de Cambridge y del St. Catharine's College, y a uno en particular, sir Christopher Bayly, que falleció en abril de 2015. Aún hoy, siempre que entro en el patio principal de St. Catharine por la tarde, miro hacia la ventana de C3, por si se diera la remota posibilidad de ver a Chris en mangas de camisa, apoyado en el alféizar de la ventana invitándome a tomar una copa. Las conversaciones que se producían a continuación siempre me llevaban hasta lugares inesperados.

El tiempo es un asunto esquivo pero también ineludible, sobre todo ahora que la relación entre pasado, presente y futuro se ha convertido en una preocupación tan crucial en el ámbito de la política y del discurso público. En épocas de cambio, las cosas más duraderas adquieren mayor valor, y por ello dedico este libro a mi hermana Kate y a mi hermano Justin, que han estado ahí (casi) desde el principio.

Introducción

Al igual que la gravedad curva la luz, el poder curva el tiempo. Este libro habla de lo que ocurre cuando la conciencia del tiempo converge a través de la lente de una estructura de poder. Se adentra en las modalidades de historicidad que hacen suyas y formulan quienes ejercen el poder político. Por «historicidad» no entiendo una doctrina o una teoría sobre el significado de la historia, ni tampoco una modalidad de praxis historiográfica. Más bien utilizo el término en el sentido desarrollado por François Hartog para denotar un conjunto de presupuestos sobre cómo se interrelacionan el pasado, el presente y el futuro.[1] Dichos presupuestos pueden encontrar una expresión retórica explícita o pueden formularse a través de las opciones culturales, los rituales públicos o el despliegue de argumentos o de metáforas y de otro tipo de lenguajes figurativos que implican una «forma de percepción estructurada temporalmente», sin utilizar abiertamente categorías temporales.[2] Pueden estar implícitos en la forma de los argumentos desplegados para justificar la acción política, o para razonar en contra de ella.[3] Sean cuales sean las formas que asuman, las historicidades características de las culturas o los regímenes se distinguen por sus «interpretaciones específicas de lo que es relevante desde el punto de vista temporal».[4] De ello se deriva que la configuración de esa relación a su vez da lugar a un sentido del tiempo que posee una forma o una visión del tiempo intuida, que depende de qué partes del pasado se sienten como más cercanas e íntimamente relacionadas con el presente, y qué partes se perciben como extrañas y remotas.[5]

Este libro se centra en cuatro momentos. Comienza con la lucha entre Federico Guillermo de Brandemburgo-Prusia (1620-1688), también conocido como el Gran Elector, y sus Estados provinciales tras el final de la guerra de los Treinta Años, examina cómo dichas disputas invocaban temporalidades marcadamente antagónicas, y sigue el rastro de sus consecuencias en la emergente historiografía

Figura 1.1. Federico Guillermo, el *Gran Elector*, grabado de Pieter de Jode a partir de un retrato de Anselmus van Hulle.
Fuente: Anselmus van Hulle, *Les hommes illustres qui ont vécu dans le* XVII. *siècle*… (Ámsterdam, 1717).

de Brandemburgo-Prusia. Yo argumento que el reinado del Elector se caracterizó por la conciencia del presente como un inestable umbral entre un pasado catastrófico y un futuro incierto, donde una de las principales preocupaciones del soberano era liberar al Estado de los enredos de la tradición para poder elegir libremente entre distintos futuros posibles.

El segundo capítulo se centra en los escritos de historia de Federico II, el único monarca prusiano que escribió una historia de sus propios territorios. En él se argumenta que el rey se apartó conscientemente de la conflictiva visión del Estado que imperaba en la corte de su bisabuelo, el Gran Elector, y que ese distanciamiento reflejaba tanto la nueva constelación del poder social que sustentaba el trono prusiano como la idiosincrática forma que tenía Federico de entender su propio lugar en la historia. En vez de la historicidad proyectada hacia adelante del Gran Elector, yo sugiero que Federico imaginaba, tras la firma de la Paz de Westfalia, una situación de inmutabilidad que asumía una temporalidad neoclásica, un estado invariable, donde predominaban los motivos de la intemporalidad y de la repetición cíclica, y donde el Estado ya no era un motor del cambio histórico, sino un hecho históricamente inespecífico y una necesidad lógica.

El capítulo 3 es un estudio de la historicidad de Bismarck tal y como él la formuló en sus argumentos, su retórica y sus técnicas políticas. Para Bismarck, el estadista era el responsable de tomar decisiones, arrastrado hacia adelante por el torrente de la historia, y cuya tarea consistía en gestionar la interacción entre las fuerzas desencadenadas por las revoluciones de 1848, al tiempo que defendía y protegía las estructuras y las prerrogativas privilegiadas del Estado monárquico, sin las que la historia amenazaba con degenerar en simple tumulto. En ese capítulo argumento que la historicidad de Bismarck se debatía entre su compromiso con la persistencia atemporal del Estado y el ajetreo y los cambios de la política y la vida pública. El derrumbe en 1918 del sistema que creó Bismarck trajo consigo una crisis de la conciencia histórica, dado que destruyó una modalidad de poder estatal que se había convertido en el punto focal y en el garante del pensamiento y la conciencia históricos.

El capítulo 4 argumenta que entre los herederos de dicha crisis estaban los nacionalsocialistas, que iniciaron una ruptura radical con la idea misma de la historia como una incesante «iteración de lo nuevo». Mientras que la historicidad de Bismarck se basaba en el presupuesto

de que la historia era una secuencia estructurada compleja, que se precipitaba hacia adelante, de situaciones siempre nuevas y no preordenadas, los nazis sentaban los cimientos de las aspiraciones más radicales de su régimen en una profunda identidad entre el presente, un pasado remoto y un futuro remoto. El resultado fue una modalidad de historicidad del régimen que carecía de precedentes en Prusia-Alemania, pero que además era bastante diferente de los experimentos temporales totalitarios de los sistemas fascista italiano y comunista soviético.

Así pues, el objetivo de este libro es invertir el proyecto planteado en el libro *Régimes d'historicité* de François Hartog, y explorar en cambio la historicidad de una reducida selección de regímenes. Esa tarea puede llevarse a cabo por el procedimiento de examinar el modo en que las estructuras oficiales del Estado –los ministerios, los mandos militares, las cortes electorales y reales y las burocracias– gestionaban el tiempo, se posicionaban en la historia, e imaginaban el futuro, aunque ello suscitaría preguntas sobre si es posible asumir que el término «Estado» denota algo que estuvo presente de forma continua en el mismo sentido a lo largo del periodo que abarca este libro. Yo he elegido un enfoque distinto. Me interesa la forma en que quienes ejercían el poder justificaban su comportamiento con argumentos y conductas que tuvieran un cuño temporal específico. La forma en que aquellos que configuraban el poder se relacionaban con las estructuras formales del gobierno variaba de un caso a otro. El Gran Elector ostentaba el poder desde el seno de una estructura ejecutiva que él mismo fue reuniendo a su alrededor, poco a poco y de una forma bastante improvisada, durante su largo gobierno. El reinado de Federico II se caracterizó por una drástica personalización del poder y por un cierto distanciamiento entre el monarca y muchas de las estructuras donde residía formalmente la autoridad del Estado. Bismarck se situó en el turbulento espacio que existía entre el ejecutivo de la monarquía prusiano-alemana y las imprevisibles fuerzas que operaban en una esfera pública posrevolucionaria. Y la cohorte de dirigentes nacionalsocialistas fue la némesis de la estructura del Estado burocrático: en el núcleo de la historicidad nazi había un vehemente desmentido del Estado como vehículo y meta de los denuedos de la historia.

EL GIRO TEMPORAL DE LA HISTORIA

El tiempo –o más exactamente, los distintos órdenes del tiempo– no es un tema nuevo en los estudios de historia. Hoy es un lugar común decir que el tiempo no es una sustancia neutra, universal en cuyo vacío se desarrolla una cosa llamada «historia», sino una construcción cultural contingente, cuya forma, estructura y textura han ido variando. Esta constatación ha dado lugar a lo largo de los últimos quince años a un campo de investigación tan animado y diverso que cabría hablar de un «giro temporal» en los estudios de historia, de un cambio en las sensibilidades comparable a los giros lingüísticos y culturales de las décadas de 1980 y 1990, de uno de esos cambios de pauta de la atención con los que periódicamente se renueva la disciplina de la historia.[6]

El giro temporal en los estudios históricos de hoy en día puede enumerar unos distinguidos antecedentes filosóficos y teóricos. En su tesis doctoral de 1889, el filósofo francés Henri Bergson argumentaba que el tiempo como dimensión de la conciencia humana era no homogéneo y «cualitativamente múltiple»; en su obra *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912), Émile Durkheim sentaba las bases de una sociología del tiempo como algo experimentado colectivamente y construido socialmente; en su obra *Los marcos sociales de la memoria* (1925), Maurice Halbwachs aplicaba las ideas de Durkheim a la producción social de la memoria; dos años después, *El ser y el tiempo*, de Martin Heidegger, proponía que «la constitución existencial y ontológica de la totalidad de la conciencia humana [*Dasein*]» estaba «basada en la temporalidad»; y a partir de la Segunda Guerra Mundial, los teóricos literarios, y sobre todo los narratólogos, han sometido a un intenso estudio las estructuras temporales de los textos.[7]

Entre los primeros historiadores que reflexionaron sobre las implicaciones de esas corrientes teóricas para los escritos de historia estaba Marc Bloch, que dedicó un breve apartado de un capítulo de su memorable libro de tiempos de guerra, *Introducción a la historia*[*] al problema del «tiempo histórico». Al contrario que el tiempo «artificialmente homogéneo» y abstracto de las ciencias naturales, afirmaba Bloch, el tiempo de la historia es una «realidad concreta y viva entregada a la

* Título original: *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (N. del T.).

irreversibilidad de su impulso [...] es el plasma mismo que baña los fenómenos y el lugar de su inteligibilidad». En su núcleo hay una tensión irresoluble entre la continuidad y el «cambio perpetuo».[8] Las reflexiones de Bloch sobre la temporalidad de la historia siempre fueron fragmentarias, pero la obra de Fernand Braudel, de Jacques Le Goff y de otros historiadores en la tradición de los *Annales* profundizaron en aquellas intuiciones y las ampliaron, hasta desarrollar una aguda conciencia de la diversidad de las escalas y texturas temporales. Para Braudel, la relación entre las perturbaciones a corto plazo conocidas como «acontecimientos» y las continuidades a largo plazo que definen las épocas se convirtió en un problema central de la praxis del historiador. Le Goff exploró las diversas texturas temporales de las prácticas ocupacionales, litúrgicas y de culto.[9]

Como ilustran estas reflexiones, la historicidad y la temporalidad son categorías relacionadas entre sí pero no idénticas. En este libro yo utilizo el segundo término para denotar la sensación intuitiva que tiene un actor político de la textura del tiempo experimentado. Si la historicidad tiene sus raíces en un conjunto de presupuestos sobre las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro, la temporalidad plasma algo menos reflexionado y más inmediato: la sensación del movimiento del tiempo. ¿El futuro avanza hacia el presente o se aleja de él? ¿El pasado amenaza con invadir el presente, o se repliega hacia los límites de la conciencia? ¿Cómo es de adaptable el marco temporal para la acción política, y qué relación existe entre el flujo imaginado del tiempo y la propensión de los responsables de tomar decisiones a percibirlo como fragmentado en «momentos»? ¿El presente se experimenta como movimiento o como estasis? ¿Qué es permanente y qué no en el fuero interno de quienes ostentan el poder?

LA MODERNIZACIÓN DEL TIEMPO

Si la escuela de los *Annales* temporalizó la historia, fue un historiador alemán, Reinhart Koselleck, quien «historicizó» la temporalidad. En *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, una recopilación de brillantes ensayos sobre la «semántica del tiempo histórico», Koselleck exploraba la historia de la conciencia del tiempo, creando un sutil despliegue de herramientas analíticas. En el núcleo de su proyecto estaba la transición de la forma premoderna a la forma

moderna de experimentar y percibir el tiempo. Koselleck analizaba los cambios en la conciencia del tiempo desde el Renacimiento en adelante, sobre todo los procesos de secularización cultural que habían socavado el predominio de la profecía bíblica en las visiones del futuro del cristianismo. Pero su afirmación más crucial fue que durante el periodo que él denominaba «época de transición» (*Sattelzeit*) –que iba aproximadamente desde el año 1750 hasta el año 1850– se asistió a una profunda alteración en la conciencia temporal de Europa occidental. Esa transición estaba formada por muchas tendencias: a medida que el flujo del tiempo, que se manifestaba en los acontecimientos, parecía acelerar, aumentaba la distancia percibida con relación al pasado; los principios universales daban paso a la contingencia; la autoridad del pasado como depósito de sabiduría y de cultura para el presente se desvanecía; algunos conceptos clave –«revolución», «clase», «progreso», «Estado»– estaban impregnados por el impulso del cambio histórico; las historias, las crónicas y las anécdotas sobre el pasado se fusionaban para crear algo procesual, singular, y que lo englobaba todo, una totalidad única, la «historia» teorizada por Hegel y que se enseña en los departamentos de Humanidades de las universidades modernas. La consecuencia fue un profundo cambio en la percepción de la textura y la forma del tiempo: los conceptos del tiempo como algo recurrente de las sociedades premodernas daban paso a algo llamado historia, ahora entendida como una secuencia de acontecimientos transformadores e irreversibles que acabó experimentándose como «la implacable iteración de lo nuevo». Las perturbaciones, la violencia y la discontinuidad de las eras revolucionaria y napoleónica generaron disonancias entre el «espacio de la experiencia» y el «horizonte de las expectativas» que iban a ser emblemáticas de la era moderna.[10]

En el primer ensayo de *Futuro pasado*, Koselleck se hacía preguntas a propósito de *La batalla de Issos*, de Albrecht Altdorfer, un cuadro pintado en 1529 que representaba la victoria de Alejandro Magno sobre los persas en 333 a. C.[11] Koselleck se preguntaba por qué Altdorfer pintaba a los griegos como los alemanes de los tiempos del pintor y a los persas como los turcos de la época. ¿Por qué el cuadro mostraba multitudes de hombres y de caballos pululando por un paisaje germánico y alpino, decorado con edificios reconociblemente europeos aunque el enfrentamiento original tuvo lugar en Asia Menor? ¿Por qué los detalles del cuadro se asemejan tanto a las representaciones de la época del asedio otomano contra Viena, que aún proseguía en 1529, cuando

Altdorfer pintó la imagen? La respuesta, proponía Koselleck, era que para Altdorfer la relación entre la batalla de Issos y el asedio otomano era profética y alegórica. La primera batalla había marcado el fin del Imperio Persa, tal y como había predicho el sueño profético que consta en el Libro de Daniel. La segunda parecía anunciar el fin del Imperio Romano (es decir del Sacro Imperio Romano), que se contemplaba con el siguiente paso del calendario vislumbrado por la profecía de Daniel. Ambos acontecimientos existieron en el seno del mismo ámbito del tiempo profético. Eso era lo único que hacía posible plisar el tiempo como lo hacía Altdorfer, superponiendo los turcos del siglo XVI a los antiguos persas.

Para agudizar el contraste con la conciencia temporal moderna, Koselleck citaba como testigo a Friedrich Schlegel, el poeta, crítico, y erudito alemán que, se daba la circunstancia, había contemplado *La batalla de Issos* en la década de 1820 y había escrito un entusiasta ensayo sobre el cuadro. Schlegel elogiaba el cuadro de Altdorfer, calificándolo de «la máxima hazaña de la era de la caballería». Koselleck se centraba en esa observación: daba la impresión de que para Schlegel, entre él y el cuadro había un periodo de tiempo que los distanciaba. Y, lo que es más, Schlegel tenía la sensación de que el cuadro pertenecía a una época –*Zeitalter*– distinta de la suya. Así pues, se trataba no solo de la cantidad de tiempo transcurrido, sino de una ruptura en el tejido del tiempo, de una falla tectónica entre el tiempo de Schlegel y un tiempo anterior. Koselleck razonaba que algo había intervenido entre el tiempo de Altdorfer y el tiempo de Schlegel, con el paradójico resultado de que la cantidad de tiempo que separaba a Schlegel de Altdorfer se antojaba más grande que la que aparentemente separaba a Altdorfer de las gestas de Alejandro. En otras palabras, *La batalla de Issos* ejemplificaba una sensación del tiempo *intemporalizada*, premoderna, y con ella la ausencia de lo que nosotros denominaríamos «conciencia histórica». Por el contrario, Schlegel daba fe de una conciencia temporal moderna que entendía el pasado como algo distante, superado, y ontológicamente diferenciado.[12]

Sería difícil exagerar la influencia de la obra de Koselleck en el estudio histórico de la temporalidad. Koselleck planteaba preguntas audaces y originales, y desarrollaba sus implicaciones con una sutileza, una lucidez y una profundidad de razonamiento impresionantes. Su uso del cambio semántico para seguir el rastro de las mutaciones más trascendentales de la conciencia fue fundamental. Tomó prestadas las

categorías analíticas de la filosofía y la teoría literaria, y las desarrolló como herramientas para calibrar los procesos de cambio: el «horizonte de las expectativas» (*Erwartungshorizont*) procedía de la teoría de la recepción de Gadamer y Jauss; la *Zeitlichkeit* (temporalidad), un término que denota al mismo tiempo la cualidad del tiempo (su movimiento incesante, su textura) y la condición de existir en el tiempo, la sacó de Heidegger; la «temporalización» (*Verzeitlichung*), es decir la historicización del pasado y del presente en la era moderna, provenía del libro *La gran cadena del ser*, de Arthur O. Lovejoy; el concepto de la aceleración como rasgo distintivo de la sensibilidad moderna ya estaba asociado con Nietzsche. Pero aunque Koselleck no inventó esas categorías, sí las «ocupó, llenó y popularizó», y las reunió como herramientas para cartografiar la mutación de los órdenes temporales a lo largo del tiempo. Todas ellas han pasado a formar parte del repertorio del giro temporal.[13]

Aún más influyente ha sido la obsesión de Koselleck por la transición desde el orden temporal premoderno hasta el moderno.[14] La literatura sobre el giro temporal se ha ocupado sobre todo de trazar el mapa de ese umbral. Ha habido estudios sobre la aceleración de los viajes en la era del ferrocarril; el aumento de la relevancia de la puntualidad y el retraso; la indignación por el tiempo «desperdiciado» como síntoma de los regímenes de tiempo modernos; la mercantilización de cantidades de tiempo cada vez más pequeñas en la era del telégrafo; la reducción del espacio a raíz de la aparición del tráfico de masas de alta velocidad; el ascenso de la nostalgia como dolencia típica de la modernidad.[15] En ese tipo de estudios, la llegada de la modernidad y su concomitante modernización de la conciencia temporal han sido el centro de atención.

Sin embargo, subsisten dudas acerca de la naturaleza cualitativa de la transición desde la temporalidad «tradicional» a la temporalidad «moderna». En vez de producir una caja de herramientas estable de categorías hermenéuticas de uso generalizado, los escritos más recientes sobre las temporalidades modernas han generado una maraña de metáforas heterogéneas. La transición de la temporalidad tradicional a la temporalidad moderna se ha conceptualizado de formas muy distintas: como un proceso de aceleración, de expansión, de estrechamiento, de regeneración, de compresión, de distanciamiento, de escisión, de fractura, de vaciamiento, de aniquilación, de intensificación y de licuefacción.[16] Y la propia categoría de «temporalidad» se ha utilizado en

sentidos muy distintos. En algunos estudios, el término denota un ámbito empírico, una tendencia por parte de los individuos y las comunidades a orientarse conforme a unos marcadores cíclicos, como las estaciones o las celebraciones litúrgicas, la textura percibida del tiempo a medida que pasa, las fluctuaciones en la duración experimentada de eventos específicos, la relación entre la experiencia y la expectativa, una divergencia en los ritmos de la vida privada y la vida pública, o las pautas de las prácticas de gestión del tiempo asociadas a determinadas culturas ocupacionales.[17] Otros estudios se centran en las cuestiones «cronosóficas», o en reflexiones filosóficas sobre el tiempo y su relación con la historia o con la existencia humana más en general.[18]

EL PODER Y EL TIEMPO

Los procesos de cambio sin agente, cuyos relatos frecuentemente se han basado en los argumentos sistémicos y procesuales de la teoría de la modernización, a menudo han tendido a dominar la teoría de la temporalidad.[19] Pero también ha habido excelentes estudios de cómo los regímenes de poder han intervenido en el orden temporal, unos estudios que han analizado, por ejemplo, el uso de los calendarios como instrumentos del poder político. La transición del calendario juliano al gregoriano en Europa occidental, un proceso que duró más de tres siglos, siempre estuvo entretejida con las luchas de poder.[20] En la Austria de los Habsburgo, la accesión al trono de José II, el reformador ilustrado y jansenista, rompió el predominio tradicional del ciclo litúrgico en la corte, al tiempo que la drástica reducción de los días festivos indignó a algunos sectores de la población apegados a sus devociones tradicionales y a los sociables ritmos del año católico.[21] El 24 de octubre de 1793, la Convención Nacional de Francia, controlada por los jacobinos, adoptó un nuevo «calendario republicano» concebido para marcar una ruptura radical con el pasado y la inauguración de una nueva era. Si hubiera logrado consolidarse a largo plazo, la semana de diez días (*décade*) habría transformado los ciclos de la existencia y del trabajo de los franceses, alejándolos de los ciclos del año litúrgico cristiano, y diferenciándolos del resto del continente europeo.[22]

Los historiadores de los imperios también han analizado la «íntima relación» entre el tiempo y el poder imperial –sobre todo, tal y como se manifiesta en la imposición de regímenes estandarizados de disciplina

horaria en los procesos laborales y productivos–.[23] Aquí, el énfasis se ha puesto en la transición, en parte coactiva, de las temporalidades premodernas o no-modernas (autóctonas) a las temporalidades modernas (imperiales u occidentales), aunque muchos estudios también han llamado la atención sobre la supervivencia de temporalidades autóctonas en contra de la presión de las autoridades coloniales.[24] El magistral estudio de Vanessa Ogle sobre la estandarización mundial del tiempo horario reveló un proceso «añadido y no intencionado» por el que los esfuerzos no coordinados de numerosos actores convergieron a raíz de una perturbación a escala global (la Segunda Guerra Mundial) y de los requisitos impuestos por las nuevas infraestructuras (la aviación militar y comercial), para la implantación de unos husos horarios uniformes.[25] Sebastian Conrad ha ilustrado cómo la extensión y la intensificación del poder imperial interactuaron con los cambios semánticos y culturales del siglo XIX para dar lugar a «transformaciones del régimen temporal a escala mundial».[26]

Las perturbaciones de los sistemas de poder desde abajo también pueden generar cambios en la sensación del tiempo, como han mostrado los estudios sobre China durante la última época de la dinastía Qing.[27] El periodo de violenta agitación que va desde la década de 1850 hasta la de 1870, con las sublevaciones Taiping, Nian, Gelao y Hui, y las incursiones por parte de las potencias occidentales que vinieron a continuación dieron lugar a unas rupturas tan profundas con el pasado recordado –como ha argumentado Luke S. K. Kwong– que transformaron la conciencia histórica, por lo menos en el seno de la élite cultural. En la China tradicional, la historia se custodiaba como un tesoro de buenos ejemplos que reflejaba un estado de interconexión cósmica y la gestión armoniosa de los asuntos humanos. Los acontecimientos del presente se interpretaban a la luz de las analogías extraídas del pasado. Eso no significaba que los eruditos y los administradores chinos fueran incapaces de construir «tipos específicos de progresión lineal», pero dichos tipos, argumentaba Kwong, estaban integrados en un concepto cíclico del tiempo, marcadamente recurrente, y no lineal.

El dominio de esa temporalidad tradicional únicamente se rompió cuando inmensas oleadas de turbulencias sociales y de violencia política socavaron la autoridad del gobierno imperial, cercenando el hilo de la continuidad con el pasado, poniendo en cuestión la supervivencia del país, y con ello la autoridad de una historia que se desgranaba conforme a los reinados de los emperadores. La práctica consagrada por el

tiempo de buscar el saber en los registros históricos se derrumbó, de la misma forma que, para Koselleck, el estereotipo de la historia como maestra de vida se había desvanecido en Europa occidental. La idea de que la actual época de destrucción daría paso, como en el pasado, a una era de restauración y redención ya no parecía digna de confianza. Ante lo que ellos consideraban una radical falta de precedentes de las condiciones de la época, los intelectuales de la dinastía Quing tardía intentaban buscar relatos más lineales y basados en la evolución, de inspiración occidental o Meiji, a fin de dar sentido a la sensación de acumulación y aceleración de unos acontecimientos que iban «cobrando impulso en su avance hacia el futuro».[28]

Entre las intervenciones modernas más ambiciosas en el orden temporal figuran las de los regímenes totalitarios de la Europa del siglo XX. En enero de 1918, la Unión Soviética abandonaba el calendario juliano adoptado por Pedro el Grande en 1699 y lo sustituía por el calendario gregoriano de uso común en Occidente, haciendo que el país avanzara de golpe trece días. El ascenso de Stalin hasta la hegemonía incuestionable trajo consigo nuevas iniciativas. En 1930, Stalin proclamó una nueva semana de cinco días. Ya no había ni sábados ni domingos, tan solo una secuencia de cinco días, identificados mediante números y colores –amarillo, naranja, rojo, púrpura y verde–.[29] Al final, este proyecto en particular fue abandonado por la imposibilidad de llevarlo a la práctica, pero la Unión Soviética puso en marcha un experimento revolucionario para reordenar la relación del ser humano con el tiempo; aspiraba a inaugurar una temporalidad en la que el partido de vanguardia superara las limitaciones del tiempo lineal «burgués» convencional a través de una intensificación infinita del trabajo.[30]

Los estudios más recientes del fascismo italiano se han centrado en los esfuerzos de los intelectuales y la propaganda fascistas de establecer una nueva temporalidad centrada en torno al propio partido como agente histórico por excelencia.[31] Y Roger Griffin, historiador del fascismo transnacional, ha definido la aparición del Gobierno nacionalsocialista de Alemania como una «revolución temporal».[32] El análisis que hace Éric Michaud del «mito nazi» se centraba en la relación paradójica entre «movimiento» e «inmovilidad» del imaginario visual nazi, y lo relacionaba con la lógica de la escatología cristiana, en la que el sujeto está suspendido entre el recuerdo de una redención pasada (la encarnación de Cristo) y la anticipación de una futura salvación colectiva.[33] Emilio Gentile ha hablado de una

«sacralización de la política» por parte del fascismo, por la que los ritos y usos de la tradición cristiana se adaptaron a los propósitos del régimen de Mussolini, creando un «universo simbólico interno» donde la universalidad atemporal de la representación litúrgica se transfería a la experiencia colectiva de la política.[34] Charles Maier y Martin Sabrow han sugerido que las tres dictaduras totalitarias representaban intervenciones de largo alcance, no solo en lo social y en lo político, sino también en el orden temporal.[35]

Encuadrar la temporalidad como un efecto o epifenómeno del poder traslada el centro de la atención desde unos difusos procesos de cambio a la «cronopolítica», el estudio de cómo «determinados puntos de vista sobre el tiempo y sobre la naturaleza del cambio» acaban participando en los procesos de toma de decisiones.[36] Y a su vez eso implica preguntarse por «la imaginación del tiempo y la historia» que, en distintos países y épocas, ha dado «significado y legitimidad» a los actos y a los argumentos de la autoridad soberana.[37] Significa, tomando prestadas las palabras de Charles Maier, afrontar la «cuestión de que la política tiene que ver con el tiempo», y de qué tipo de tiempo «presupone la política».[38]

Ninguno de los regímenes examinados en este libro intentó reestructurar oficialmente la experiencia colectiva del tiempo de la forma en que lo hizo la Convención Nacional francesa, a través de la imposición de un nuevo calendario. Pero todos ellos captaron e intensificaron selectivamente unas temporalidades ambientales, entretejiéndolas en los argumentos y las representaciones con los que se justificaban a sí mismos y sus actos. Uno de los rasgos distintivos de este libro es que ofrece un estudio longitudinal que recorre la misma entidad territorial ancestral (Brandemburgo-Prusia) a través de sucesivas encarnaciones políticas. Una ventaja de este enfoque es que permite plasmar la dimensión reflexiva, autohistoricista, del cambio cronopolítico. Los Estados tienen una memoria profunda y su autoconciencia posee una lógica acumulativa, incluso cuando un régimen abjura de las afirmaciones o de las prácticas de su predecesor. Así pues, unir los puntos de forma diacrónica podría permitirnos trazar los rasgos de una «historia del tiempo», por lo menos en el marco de un estrecho ámbito de la actividad humana.[39] El enfoque alemán (prusiano) de este estudio obedece sobre todo a la decisión pragmática de centrarme en lo que conozco mejor. Pero Alemania es un terreno especialmente interesante para una investigación de la relación entre temporalidad, historicidad y poder.

La frecuencia y la profundidad de las rupturas políticas en la Europa alemana a lo largo de los últimos cuatro siglos nos permiten observar una y otra vez los efectos del cambio político en la conciencia temporal e histórica. En la «Conclusión» volveré sobre la cuestión de si hay algo específicamente prusiano o alemán en la trayectoria que aflora de este ejercicio.

Una ventaja adicional del enfoque longitudinal es que nos permite sondear la relación entre la «modernización» y la temporalidad. Numerosos estudios recientes han sugerido que las transformaciones que Koselleck asociaba con el *Sattelzeit* en realidad pueden atisbarse en regímenes anteriores –las cortes de las ciudades-Estado de la Italia renacentista y de los principios de la Alemania moderna, por ejemplo, o incluso de Europa y Oriente Medio durante la Edad Media–.[40] Por supuesto, el simple hecho de trasladar el umbral hacia atrás deja intacta la teleología del paradigma, si se hace simplemente adaptando las categorías analíticas de la modernización a una época anterior. Pero también vale la pena preguntarse si tenemos que interpretar la tipología de las temporalidades de Koselleck en secuencia cronológica; una visión alternativa podría entender a Koselleck como un teórico de múltiples temporalidades paralelas.[41]

En este libro he intentado prestar la máxima atención a las texturas temporales específicas de cada régimen. La secuencia resultante es más oscilante, recurrente y no lineal de lo que cabría esperar de una teoría marcadamente secuencial y basada en la modernización. Eso no tiene por qué significar que la modernización no se estuviera produciendo; simplemente podría reflejar la oblicuidad y la cualidad contingente de las relaciones entre los que ostentan el poder y el tipo de procesos que suelen interesar más a los teóricos de la modernización. El Gran Elector se alineó con una forma activista de entender la historia, lo que le enfrentó con los defensores de los privilegios y la tradición de aquella época. Federico II intentó contrarrestar los procesos de cambio social que estaban transformando su reino desde dentro, y formuló una visión política altamente estetizada, caracterizada por la inmovilidad y el equilibrio. Otto von Bismarck adaptó su política a las fuerzas políticas y sociales que estaban impulsando el turbulento movimiento de la historia, pero al mismo tiempo mantuvo su compromiso con la idea del Estado monárquico como algo inmutable y trascendente que él estaba convencido que había heredado de la época de Federico. Y el régimen nacionalsocialista rompió con todos esos precedentes, rechazó la idea

misma de una historia hecha de perturbaciones y contingencias, e integró su visión política en un concepto milenario del tiempo, donde el futuro distante era simplemente la promesa cumplida del pasado.

En las cuatro épocas que estudia este libro, ninguna de las temporalidades del poder que se analizan llega a desalojar otras modalidades de conciencia del tiempo, aunque a veces estaban dirigidas contra ellas. A lo largo de todo el periodo que se examina aquí, la vida política estaba estructurada conforme a una pluralidad de órdenes temporales coexistentes.[42] Sin embargo, la temporalidad del poder político tal y como lo ejercieron sus agentes más influyentes conservaba y conserva una importancia especial. Era el lugar donde las racionalizaciones políticas del poder se expresaban como afirmaciones sobre el pasado y como expectativas del futuro.

La relevancia de la cronopolítica de los regímenes no ha disminuido, y el llamamiento a conceptos del tiempo imaginados sigue siendo una de las principales herramientas de la comunicación política. Escribí este libro durante el *crescendo* y el triunfo de la campaña del *brexit* en Gran Bretaña, una campaña impulsada por la aspiración de «recuperar el control». Boris Johnson, uno de los partidarios del *brexit*, fue el principal propagador de ese eslogan, pero también fue el autor de una biografía de Winston Churchill (cuyo subtítulo era *Cómo un hombre hizo historia*), donde el emblemático estadista adquiría una asombrosa semejanza con el propio Johnson. Y la campaña del *brexit* se vio animada por la invocación de un pasado idealizado en el que los «pueblos de habla inglesa» habían dominado el mundo sin ningún esfuerzo. Duncan Bell ha apuntado que la relevancia de ese tipo de motivos entre los argumentos de los defensores del *brexit* era una prueba «de la fascinación que sigue ejerciendo el Imperio sobre amplios sectores de la clase gobernante británica».[43]

Las repercusiones del referéndum del *brexit* aún resonaban en el Reino Unido cuando Donald Trump ganó las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Trump, cuyo eslogan de campaña, una marca registrada, era «Volvamos a hacer a América grande»®, llevó al cargo electo más poderoso del mundo una visión política basada en un mordaz desmentido tanto del futuro de la globalización neoliberal como de la previsión científica de un cambio climático, que Trump calificaba de patraña perpetrada por los chinos contra el resto de la humanidad.[44] Steve Bannon, el ideólogo más influyente del equipo de Trump, posteriormente destituido, suscribía la esotérica teoría histórica

planteada por William Strauss y Neil Howe en un libro titulado *The Fourth Turning: What Cycles of History Tell Us about America's Next Rendezvous with Destiny* (Nueva York, 1997), donde se argumentaba que las historias de las naciones se desarrollan en ciclos de entre ochenta y cien años, separados por violentos periodos de «giro» que pueden durar una generación. No se sabe si alguna vez el presidente Trump se habrá sumido en esas ideas, pero él también ha organizado un desafío, por lo menos contra la historicidad convencional de Estados Unidos, al convertirse en el primer presidente de la era moderna que rechaza abiertamente la idea de que Estados Unidos ocupa un lugar excepcional y paradigmático en la vanguardia del movimiento hacia adelante de la historia. Por el contrario, Trump ha sugerido que hoy en día Estados Unidos es un país atrasado, con una sociedad rota y unas infraestructuras en mal estado, cuya tarea consiste en recuperar un pasado donde los valores de Estados Unidos aún estaban incontaminados y la sociedad estadounidense aún estaba intacta.[45] «Cuando ganemos», le dijo Trump a los votantes de clase trabajadora de Moon Township, Pensilvania, en 2016, «volveremos a traer el acero, volveremos a traer el acero a Pensilvania, como antes. Vamos a volver a poner a trabajar a nuestros obreros del acero y a nuestros mineros. Vamos a hacerlo. Vamos a recuperar nuestras empresas del acero, que antiguamente fueron grandes».[46] Al mismo tiempo, el febril estilo comunicativo de Trump ha abierto una brecha entre el hiperacelerado presente de Twitter y los lentos procesos deliberantes que son el pan nuestro de cada día de las democracias tradicionales y de las administraciones en sintonía con las normas constitucionales.

En Estados Unidos, en Polonia, en Hungría, y en otros países que están experimentando un renacer populista, se están falsificando nuevos pasados para dejar a un lado los viejos futuros. Al celebrar el éxito de Donald Trump, la líder del Frente Nacional francés, Marine Le Pen, observaba que en Estados Unidos «el pueblo está recuperando su futuro»; y predecía que muy pronto los franceses harían lo mismo.[47] Reflexionar sobre cómo los que ejercían y moldeaban el poder político temporalizaron sus políticas en una pequeña parcela del pasado no contribuirá demasiado a contrarrestar el atractivo de que gozan hoy en día las manipulaciones de ese tipo, pero por lo menos puede ayudarnos a interpretarlas con mayor atención.